

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

---

 GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.
 

---

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi. — Mas allá, poesía por Carlos Viera de Abreu. — ¡Hay mas allá! novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Eva, leyenda por id. — Dos para dos, novela por José Selgas. — Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Eduardo necesita la cooperacion de esas buenas gentes, y nada halagará tanto su amor propio y exitará su entusiasmo, como el que los admitamos á nuestra mesa, porque si no de derecho de hecho, aquí se nos considera desde tiempo inmemorial, como los señores del lugar.

Este es otro de los deberes, acaso el más penoso, que las mujeres tenemos obligación de cumplir, Enriqueta mia.

Ahora que ellos no nos oyen, te dire que el

porvenir de los hombres se halla en nuestras manos. Dale á una mujer prudente, y alcanzará bienestar y consideraciones; dásela ligera y casquivana, y por más talento que tenga, se verá siempre desatendido y motejado.

No es solo la economía doméstica, no es solo la educación de los hijos lo que nos compete; nuestra influencia lo abraza todo, desde lo mas alto á lo más bajo. Somos el oculto maquinista que ordena desde su rincón las decoraciones de un teatro. Nadie se acuerda de él y es sin embargo omnipotente: al menor descuido que cometa, la ilusión queda destruida. ¿Qué le valen entonces sus vigiliass al pintor, y á los actores sus hermosos trajes y su inspiración sublime? Falta la armonía, falta la belleza; cuando el espectador pierde la ilusión, ya no admira nada, ni sus manos aplauden, ni su boca prorrumpe en gritos de entusiasmo.

Las buenas relaciones entran por mucho en el porvenir del hombre. Sus estudios, sus cuidados, sus combates, no le permiten siempre cultivarlas; á veces está impaciente ó preo-

cupado, y responde con acritud á sus amigos; otras se cree ofendido é intenta pagar su injuria con injurias. Pues bien: á la mujer, es decir, al ángel de la paz, toca cumplir por su marido, evitar con su buen tacto los motivos de discordia; conjurar con sus palabras dulces y bondadosas, el naciente enojo que acaso podría convertirse en saña; y por último, conservar aun al precio de mil sacrificios y molestias, las buenas relaciones, que nos hacen agradable la vida, y pueden sernos de suma utilidad en las vicisitudes de la suerte.

Reflexiona sobre el caso presente: en tus manos está que mi plan se lleve á cabo, que el sermón del cura no sea un sermón perdido, que la paz se establezca en Vegas, que el país sea rico y tenga pan para millares de infelices.

Tú recibes mal á esas honradas gentes, no toleras sus sandeces, te burlas de sus naturales maneras, ó simplemente, no le prestas atención y te muestras aburrida; cada uno se retira descontento, el entusiasmo se enfria, la asociación se disuelve, la paz se quebranta y todo está perdido.

—Oh, no, no! exclamé vivamente; estaré amable, muy amable!... Pero ¿á qué darse tanta pena? Todo estará demasiado bueno para ellos.

—No lo creas, hija mia, cada uno en sociedad, debe ponerse á la altura de la posición que ocupa, y mostrarse siempre, y en todas las ocasiones, digno de sí mismo. Aunque la ostentación sea un gravísimo pecado, no olvides que Jesucristo dijo: Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pues en el mundo vivimos, demos al mundo cuanto tenga derecho á exigir de nosotros, y portémonos con quien quiera que sea, con aquella noble elevación que nos imponga nuestro estado.

Es honra en la mujer, que el hijo ó el marido, representen en la sociedad un papel brillante, analogo á su nacimiento ó á sus riquezas, y hay ocasiones en que no se debe contar lo que se gasta ni omitir sacrificio ninguno para que lo consiga.

Obrar de otro modo, sería hacer que ofendiese á la sociedad que tiene derecho á su

consideración, y que se rebajase á sí mismo, cosas ambas que una mujer sensata debe evitar á toda costa.

Lo único que está en nuestras manos es no buscar las ocasiones dispendiosas; pero una vez que estas se presentan, y creemos útil y necesario aprovecharlas, debemos procurar salir con gloria de la empresa.

Convencida por estas razones, me puse de buena fé á evocar mis recuerdos de otro tiempo, y sentí vivamente que no formase parte de la educación que nos dan en los colegios siquiera la teoría del Arte de disponer y ordenar una comida, supuesto que todas estamos destinadas más pronto ó más tarde á gobernar una casa. No comprendo cómo nos enseñan tantas cosas fútiles y casi sin aplicación, y desdeñan una tan necesaria, porque así como un general pierde ó gana una batalla, según forma mejor ó peor su plan y coloca los escuadrones, así una juiciosa y elegante combinación de los manjares hace que un banquete parezca espléndido ó mezquino.

Poco á poco la preocupación de la abuela se comunicó á mi ánimo, y te confieso que acabé por avergonzarme de mi profunda ignorancia.

Hubiera dado cualquier cosa por poseer siquiera un libro de cocina; pero en Vegas no había ninguno.

Entre tanto volaba el tiempo con una rapidez espantosa y no sabía qué hacer.

### XXXVI.

De pronto un rayo de luz atravesó mi espíritu: me acordé de la máxima de la abuela, de que nada hay, por despreciable que nos parezca, que no nos pueda ser útil algún día, y corrí á casa de aquella amiga importuna y fastidiosa, de la cual te he hablado alguna vez, cuando me interrumpía mientras te estaba escribiendo.

Se llama Amalia Gonzalez, es muy rica, según dicen, y ha venido á pasar en Vegas el primer año de su viudez, hospedándose en car-

sa de una acomodada labradora, que es hermana suya de leche.

Amalia es ligera, presumida, pero bastante hermosa, y persona de mucho trato.

Cuando supo que yo habia figurado un poco en Madrid, quiso darse importancia, entablado relaciones conmigo; pero no sabiendo como conseguirlo, un dia vino á sentarse debajo de los árboles que circuyen la huerta, y cuando me vió, fingió con mucha gracia que la daba un desmayo para que la invitase á entrar y la franquease mi casa.

Así sucedió, en efecto, y ella misma me refirió luego su ingenioso ardid, para darme una prueba de la simpatía que la inspiraba.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## MAS ALLA.

Para evitar el sufrir,  
que en toda verdad se advierte,  
la vida corta la muerte  
cuando se empieza á vivir.

Y el hombre sólo respira  
en este mundo pequeño,  
mientras que dura ese sueño  
de ignorancia y de mentira.

A la luz de la verdad  
tan solamente despierta  
cuando está la tumba abierta,  
lecho de una eternidad.

Y vemos con gran horror  
del mundo la senda impura,  
pues no dura la ventura  
igual tiempo que el dolor.

Siempre la suerte inconstante  
que nuestro pecho devora,  
si de dolor da una hora,  
de ventura da un instante.

Y el hombre lucha impotente,  
y ve á sus piés un abismo,  
y luchan dentro de él mismo  
su corazón y su mente.

¡Ah! cuando la duda fria  
penetra dentro del alma,  
cuando se pierde la calma  
y se pierde la alegría;

¡Cuán tristes y largas son  
las horas en que vacila,  
y, como una luz, oscila  
la fe en nuestro corazón!

El hombre avanzando va  
del mundo por el camino;  
pero no sabe el destino  
á dónde le llevará.

Ni se lo puede decir,  
dando á su pecho reposo,  
ese libro misterioso,  
el libro del porvenir.

Y así, cual bajel perdido,  
vaga en el mar de la suerte,  
entre la vida y la muerte,  
entre el mal y el bien querido.

Y tan triste vida tiene,  
que eternamente estará  
entre el placer que se va  
y el desengaño que viene.

De lo ignorado va en pos,  
nada que le alienta ve,  
sólo despierta su Fe  
cuando se acuerda de Dios.

Él, que á los mortales da  
horas dulces y serenas,  
y para calmar sus penas  
les ofrece un más allá;

Él, que siempre escucha atento  
al que su piedad implora,  
que da consuelo al que llora,  
que le da pan al hambriento.

Sér Supremo de bondad,  
á cuyo mandato gira  
este mundo de mentira  
bajo un mundo de verdad.

Que, cuando el hombre no alcanza  
en la tierra ni un consuelo,  
hace que brille en el cielo  
la estrella de la esperanza;

Du'ce estrella que alimenta  
nuestra valiente fe,  
que le dice al hombre: «Cree;»  
y le dice al pecho: «Alienta.»

Y de la existencia en pos  
brinda la calma perdida.  
mientras que el hombre no olvida  
que hay un cielo y hay un Dios.

CARLOS VIEYRA DE ABREU.

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilebez.

(CONTINUACION.)

—Vamos, dijo, esto ha sido una locura, irse sin decir nada, sin saber á donde han de dirigirse... está visto, los viejos tienen menos reflexion que los niños, y hacen mas disparates que ellos. Y ¿qué hago yo ahora? cómo los dejo así? sin tener quien los guíe ni los consuele, sin... Oh! no, Dios mio, no: esto no puede ser! desamparar á mis hijos cuando padecen, cuando llega para ellos la hora de la tribulacion! seria una falta de caridad, seria... afortunadamente está aquí el padre José, el sacristan que es un santo, y que me puede suplir por algunos dias. Todo se reduce á un poco de cansancio, á algun poco mas de fatiga, pero podré servirles de guía, podré evitarles perderse por esos mandos de Dios y... y luego añadió, podré ver tambien á Nina que bien lo deseo ya! pobre niña! pobre niña, si su mal no es tan grave como yo creo, quizá la alegría de hallarnos á su lado la sanará, y si lo fuese... si lo fuese estaré con ella para recibir su última confesion como recibí la primera, y para señalarle las puertas del cielo, ya que Dios me dió la mision de conducirla por las primeras sendas de la vida.

El sacerdote enjugó una gota de llanto que brotó de sus ojos á este pensamiento, y se volvió á su morada.

Aquella misma tarde, montado en su vieja mula y seguido de un muchacho que desempeñaba á su lado las funciones de acólito, salia del pueblo é iba en busca de sus dos hijos, como el llamaba á Agustín y á Lucia por ser feligreses suyos, y mas aun por ser pobres, y desgraciados y desvalidos al par.

Al escuchar el doliente jemido de Nina el anciano

no marqués se llevó una mano al corazon cuyos latidos no podia contener, y se levantó de la silla fijando con asombro los ojos en ella.

La humilde actitud de la pobre niña, su belleza, su juventud, el anhelo que se retrataba en su semblante, y la palidez que la enfermedad habia estendido en su frente hacian de ella el tipo perfecto del ángel de la inocencia, ó del serafin que invoca de continuo la misericordia y el perdon de Dios.

En aquel supremo instante, el alma de Don Diego debió estremecerse en la eternidad, esperando la resolución que el marqués iba á adoptar.

Clara, que en su afán de favorecer á Nina habia preparado aquella escena, temblaba ante el giro que habia tomado y esperaba con ansia la primera palabra de su tio, pues de ella dependia sin duda la futura suerte de Nina.

—¿Qué esperas á mis pies? preguntó el anciano con voz alterada; ¿porqué tus manos cruzadas parece que imploran mi compasion?

—Oh! respondió la jóven con acento débil, sí, es verdad, imploro su clemencia de V.

—Tú?

—Y sin embargo, en mi corazon jamás ha habido un sentimiento que pueda ofenderle, en mi pensamiento no ha existido nunca una sola idea de que tenga que acusarme! se lo juro por la memoria de mi padre, de mi padre cuyo recuerdo llevo siempre grabado en mi alma.

—Tu padre! tu padre! y... tu le conociste? sabes tu quien era!

—Ah! señor, aunque su nombre no estuviera escrito en mi pecho con mares de lágrimas, bastaria á revelármelo en este instante la emocion que se pinta en su rostro de V., el nombre que lleva, la imágen que miré frente á mi, y por la cual estuve á punto de morir.

—Luego... es verdad?, tu eres...

—Yo soy una infeliz niña que demanda de V. un poco de cariño, un poco de ternura en cambio del respeto profundo, y del amor sin limites que hace muchos años le consagro en el fondo de mi corazon.

El anciano se acercó mas á Nina, la miró fijamente, y algo de que no supo darse cuenta estremeció todo su ser.

Tras los azules ojos de la niña creyó ver la mirada suplicante de Diego, creyó que una parte de su alma trasmitida al alma de la jóven se animaba y tomaba ser, y estendiendo los brazos hacia ella exclamó con un acento emanado del corazon.

—Hija mia! hija de mi pobre Diego! con que eres tu! con que eres tu!

Nina dió un grito y sin poder levantarse del suelo, se dejó caer en aquellos brazos que se estendian para sostenerla

Clara á su vez corrió hácia ella, y viendo su palidez y su desfallecimiento.

—Dios mio, exclamó, Dios mio! ¿se irá á morir ahora que tiene padre, que tiene familia?

Estas palabras causaron un efecto terrible en el marques.

Su corazon que al cabo de tantos años se habia abierto en un instante al amor y á la esperanza, se sintió herido de improviso por un temor indecible.

Recobrar una parte de la dicha perdida, hallar una hija no vista hasta ahora, y que representa la alegría del alma, el consuelo del dolor, las ilusiones de la ancianidad, para verla desaparecer de nuestro lado, para sentirla morir en nuestros brazos, para tener que cederla á la tumba, oh! esto es un dolor tan inmenso que apenas la mente lo puede comprender.

El marqués lo sintió penetrar con violencia en su corazon.

Tan rápido como habia sido el impulso de su alma en favor de Nina, tan poderoso como habia sido el sentimiento espontáneo que le inspiró, sobreponiéndose en un momento á todas sus preocupaciones, á todo su orgullo de raza, tan grande fué su terror ante la idea de perderla, y cogiéndola en sus brazos con fuerza, la cubrió de besos y lágrimas, estrechándola contra su pecho como si hubiera querido preservarla allí de todo peligro.

La jóven inanimada, no podia corresponder á aquellas caricias por que el exceso de la emocion la habia sumido en un terrible y profundo desmayo.

—Oh! gritó el anciano colocándola sobre un sofá y tirando con fuerza del cordon de la campanilla, pronto, pronto que traigan un médico, que venga alguien que la salve! Clara, Clara, hija mia, llama á tu madre, llama á los criados... que corran todos! esta niña es tu prima, es casi tu hermana! ¡ay! de mí! ayúdame á salvarla y te deberé mucho mas que la vida!

—Oh! ya lo sabia, mi querido tio, ya lo sabia y por eso...

—Si se muere no me lo perdonaré jamás, ni Diego me lo perdonaria tampoco, y saliendo tal vez de su tumba vendria á pedirme cuenta de la vida de esta criatura, olvidada y abandonada por mí hasta hoy!

Algunos criados habian acudido, y recibian órdenes de Clara, que con una precision admirable sabia atender á todo, sin separarse tampoco de su protegida.

Esta, merced á sus cuidados, empezaba á volver en sí.

Su primera mirada fué para el marqués, su primera sonrisa fué para Clara.

El alma de las dos niñas se unió mas y mas en

aquella sonrisa que encerraba todo un mundo de gratitud y bendiciones.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EVA.

### LEYENDA SAGRADA.

#### I.

A la voz de Jeová, del negro caos inculta y virgen se formó la tierra, y la brillante inmensidad del cielo cubrió el espacio de la azul esfera. Del Hacedor el sacrosanto espíritu sobre las aguas conducido era, por transmitirles la virtud fecunda de su santa creadora omnipotencia. Y dijo Dios, «por mi palabra sola y mi solo poder, que la luz sea» y obedeciendo á su mandato augusto la ardiente claridad, la luz fué hecha. Al mirarla brillar en el espacio vió que era bella y trasparente y buena y á la luz llamó dia, y á la sombra, noche llamó de oscuridad cubierta, y de la tarde y la mañana, un dia formó á la par su voluntad suprema. Y aun hizo mas: en el estenso cielo colocó dos magnificas lumbreras: la casta luna con su luz suave fué de la noche misteriosa reina, y del brillante sol la roja llama vino á alumbrar la creacion entera. Y dijo Dios: «la tierra que he creado produzca frutos, y árboles, y yerbas, y que todos en sí, por mis designios, el germen mismo de su ser contengan.» Y un instante despues, de hermosas flores la infinita estension se halló cubierta; gigantes bosques de eternal verdura, vírgenes valles y frondosas selvas estremeció en la noche solitaria el aura inquieta murmurando apenas. Límpios arroyos de cristal y plata formaron cauce en la dorada arena, cien brillantes alfombras de esmeralda salpicando al pasar de blancas perlas.

Y su obra miró Dios, y satisfecho  
del universo que animó su diestra,  
quiso darle un señor, destello suyo,  
imágen pura de su imágen bella:  
y formó al hombre, y con su solo acento  
le otorgó su divina inteligencia.  
y al mirarle ante sí prestó á su alma  
el destello inmortal de su grandeza:  
para endulzar sus horas en el mundo  
quiso darle una dulce compañera,  
y aprovechando su profundo sueño,  
ser de su propio ser, de su existencia  
bella mitad, y de su vida encanto,  
formó el Señor á la mujer primera.  
¡Una mujer! de las pintadas flores  
melancólica y dulce compañera,  
que en encanto y belleza y en frescura  
pura y galana compitió con ellas.  
Una mujer, en cuyos claros ojos  
brillaba claro el sol de su inocencia,  
y en cuyos rojos y aromados labios  
el dulce amor y la ternura encierra.  
Ella fué por un Dios creada entonces  
de vida y gracias y de encantos llena,  
y al infundirle espíritu y aliento;  
al darla alma inmortal, la llamó Eva.  
Y presentóla á Adán y así le dijo:  
«Vé aquí á tu esposa seductora y bella,  
ámala siempre y tu cariño tierno  
su apoyo cierto y su refugio sea.  
Tus horas de reposo y lenta calma,  
con su bendito amor endulce ella,  
y fácil y apacible el tiempo pase  
aquí feliz de la existencia vuestra.  
Sed dichosos: del mundo que he creado,  
disfrutad el encanto y la belleza;  
pero jamás alceis vuestras miradas,  
al árbol de la vida y de la ciencia,  
pues en sus hojas de mentido encanto  
la eterna perdición, la muerte encierra.»

## II.

Bella es la creación: la blanca aurora  
disipa apenas de la noche el velo,  
cuando ya el rojo sol los campos dora  
brillando ufano en la mitad del cielo;  
los anchos campos con su luz colora,  
con su ardiente calor fecunda el suelo,  
y cuanto grande el universo tiene,  
bendice á Dios, porque de Dios proviene.

Hay sin embargo en el jardín fecundo  
quien orgulloso se revuelve en ira,  
y al hombre ennoblecido, rey del mundo  
con torpe enojo receloso mira:  
y al arrastrarse por el lodo inmundo,  
dó en su miseria y ayección suspira,  
de quebrantar alienta la esperanza  
de Dios y de los hombres la alianza.

Ángel caído, su soberbia vana  
le alzó contra su Dios en su locura:  
sin ayer, sin presente y sin mañana  
mares derrama de ponzoña impura.  
Siempre enemigo de la raza humane  
verter el crimen y el error procura,  
y con la forma de la sierpe artera  
se arrastra al pié de la mujer primera.

Allí de Eva manchó la casta frente  
y manchó su purísima existencia,  
y con el soplo de su aliento ardiente  
quemó la casta flor de su inocencia:  
de soberbia fatal llenó su mente,  
ofuscó su divina inteligencia,  
y del árbol fatal al fruto insano  
alzó sus ojos y guió su mano.

Y no fué ella tan solo en su locura  
quien manchó la inocencia de su vida,  
ni quien solo tocó con mano impura  
al árbol de la ciencia prohibida.  
No: que con su mirada de ternura  
y con la risa de su amor mentida,  
á su esposo infeliz, alucinado  
hizo caer en el fatal pecado.

Entonces ¡ay! las purpurinas flores  
de su santa pureza se secaron,  
y perdieron su brillo y sus colores,  
y sus castos perfumes se agotaron:  
sintieron inquietud en sus amores,  
en torno suyo confusión hallaron:  
su desnudez entonces conocieron,  
y ¡ay! por primera vez rubor sintieron.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## DOS PARA DOS,

NOVELA ORIGINAL

DE

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

(CONTINUACION)

Junto á este libro hay otro mucho más pequeño que también tiene su señal, y en cuyo canto se lee esta palabra: Kempis. Ambos volúmenes forman toda la biblioteca de la casa. El primero cuenta la vida ejemplar de los santos y en el segundo se aprende la profunda filosofía de la virtud; esto es, la historia más bella y la ciencia más útil.

¿Quién vivía en esta casa? Probablemente alguna familia que, estrechada por el ardiente calor con que Agosto abrasa á Madrid, y no pudiendo ir á respirar los aires del Pirineo, había emigrado á Carabanchel.

¿Qué familia sería esta? Por de pronto los tres muebles de lujo nos advierten la probabilidad de tres personas:

La cuna nos dice: aquí hay un niño; el costurero; aquí hay una joven, la butaca: aquí hay una anciana. O, lo que es lo mismo, la inocencia queduerme, la juventud que trabaja, la ancianidad que se reclina. Tres soles: el sol que sale, el sol que abrasa, y el sol que se pone.

Si preguntamos á los pájaros que anidan en los árboles del parque, y en los floridos arbustos del jardín, nos dirán que hay en la casa un muchacho de trece á catorce años, que los persigue, empeñado en cogerlos. Si registramos un armario disimuladamente abierto en la pared, y cuidadosamente cerrado, veremos una escopeta de dos cañones y un arreo completo de caza, lo cual nos dirá con los pájaros, hay un hombre que los mata.

Con semejantes datos, podemos contar los individuos de la familia, en esta forma; un niño, un muchacho, una joven, una anciana, y un hombre; es decir, un pueblo; más aun: un mundo. La inocencia, la fuerza, y la experiencia; tres poderes. La infancia, la juventud y la vejez:

Pero bien ¿qué familia es esta? Veamos; el orden y la paz que allí se respira, nos descubren á una familia que vive contenta, que vive alegre, que vive feliz. La estrechez de la casa y la

humildad de los muebles, nos aseguran que no es una familia rica. El crucifijo y el rosario, el año Cristiano y el Kempis, nos lo dicen todo, pues nos dicen que es una familia cristiana.

Había pasado el calor de la siesta; la casa arrojaba su modesta sombra sobre los cuadros del jardín, y este agradecido, enviaba á la casa sus perfumes, aprovechando el aire que se colaba fugitivo á través de las enredaderas, que en toldaban las rejjas; los árboles del parque sacudían sus copas iluminadas por los rayos del sol, y los pájaros, saltando de las ramas á las tapias y de las tapias al tejado de la casa, del tejado al parque, del parque al huerto, trinaban más de enojo que de regocijo, porque era precisamente la hora en que el muchacho los perseguía con mayor empeño.

Sentada sobre la butaca de gutapercha, una señora de cuarenta y cinco años, á quien los pesares, que pueden más que los años, habían dejado algunas arrugas en su dulce rostro y bastante canas en su hermoso cabello, movía suavemente la cuna de acero en la que dormía un niño fresco como una rosa, y sano como una manzana. Junto al costurero la joven hacía labor, dejando ver su perfil correcto en la dorada nave de sus abundantes rizos, que hacían más transparente el sonrosado nácar de sus mejillas. El hombre de pie, é inclinado sobre la mesa de nogal, limpiaba y disponía sus arcos de caza para una próxima partida.

—Hija mía, dijo la señora dirigiéndose á la joven: deja ya tu tarea: tienes el vicio de coser.

—Señora seplícó, ¿no quiere V. que su nieto estrene mañana esta blusa de batista que V. le ha regalado? Ah! cuando yo sea abuela no seré tan descastada.

La señora se sonrió, y mirando al hombre que preparaba sus peltrechos de guerra, le dijo moviendo la cabeza:

—Jaime, yo no puedo con ella.

—La culpa es mía, exclamó este, quiso que me dejara en Madrid todos mis libros, y todos mis papeles, porque decía que era ofender á Dios trabajar en este mes de vacaciones, mientras ella, sin decirle á nadie una palabra, se ha traído su costurero.

—¡Mire V, qué picardía! contestó la joven. No he querido que se traiga sus libros ni sus papeles, que lo marean durante el invierno, y no lo dejan ni descansar ni vivir, y yo me he traído mi costurero, que al fin me entretiene, me divierte. Vamos le digo á V. que no hay justicia en el mundo.

El cazador y la señora, se miraron mutuamente, sonriendo ambos, si puedo decirlo así,

con la misma sonrisa porque sin duda los dos participaban de una misma felicidad, mientras que la joven prosiguió su razonamiento con esa viveza con que las mujeres suelen hablar cuando cosen.

—Vea V.; decia: justicia y no por mi casa. Pues bien: si este caballero no se satisface con ayudarle á Luis á resolver su problema de geometría, con repasarle el francés y enseñarle los deberes del hombre; si no se contenta con abrazarse por esos campos para traernos alguna perdiz, sino está satisfecho con ser el señor de la casa, la alegría de la casa, declaro que es un ambicioso incansable.

—Ya verá V. dijo Jaime, dirigiéndose á la señora! ya verá V. como tenemos que acabar pidiendo perdón.

—Siempre sucede lo mismo, añadió esta. Yo soy su madre, tú eres su marido, y ella es la que manda.

—¡Mamá! exclamó la joven, no te pongas de su parte, que yo soy la mas débil, y el es un padre desnaturalizado que por lo visto no quiere que su hijo tenga mañana su blusa de batista? ¡Ya se ve como el niño es su vivo retrato, ha creído que no es mi hijo.

Y levantándose, continuó:

—Pues la tendrá... la tendrá: porque han de saber ustedes, que la blusa está concluida.

Presentándosele á su marido, le preguntó con aire triunfante.

—¿Qué te parece?

—Me parece contestó Jaime, la túnica de un ángel cosida por las manos de otro ángel.

La madre se interpuso, diciendo.

—Ya es hora de dar el paseo de costumbre; id, que yo me quedo cuidando de este rollo de manteca que no tiene trazas de despertarse.

Es preciso obedecer á mamá, dijo la joven.

Y cogiendo el brazo de su marido, se lo llevó, mientras él se dejaba llevar, murmurando.

—Ni más juicioso, ni más loco.

La madre los siguió con una mirada llena de ternura, y luego que hubieron desaparecido alzó los ojos al cielo, y exclamó.

—¡Dios mío! ¡Qué dichosa soy!

Ya habia oscurecido cuando el cazador y la costurera entraron de nuevo en la sala, en la que faltaban la abuela y el niño; pero en cambio sobre la mesa de nogal, ardía un quinqué, medio oculto bajo la sombra de su pantalla verde.

(Continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Castellar. Señora doña C. C., en nuestro poder los 40 rs que remite su señor padre.

Dicastillo. Señora doña P. M., le damos gracias por su bondad.

Segovia. Señora doña E. G., con los 24 rs. que envía deja abonado hasta fin abril del 81, y ya sabe V. que el año que recibe es el 80.

Idem. Señor don V. C., su deuda es 16 rs. del año 79 y lo que va del 80.

Torres de Alcanadre. Señora doña B. E. de B., recibidos los 24 rs.

Torrelobaton. Señora doña T. D. S. y P., anotada la letra, los números los recibirá conforme vayan saliendo.

Alcalá. Señor don C. E., recibidos los 4 rs. que envía.

Amandí. Señora doña T. G., recibí los 28 rs.. 12 para V. y 16 para la nueva suscripciones que remitimos á doña A. R., pues no habiendo en ese punto ninguna suscritora que lleve ese nombre lo hemos entendido así.

Barcelona. Señor don N. C. y S., la carta á que V. alude no ha llegado á nuestro poder, prueba de ello es la reclamación recibida y el no haberle remitido lo que pedía.

Bordalba. Señora doña V. A., anotadas las 3 pesetas.

Bilbao. Señor don B. G., queda puesto su nombre en lugar del de su hermano don J., lo que este adeuda es 16 rs. del año 79 y 12 del 80, quedan servidos los números que pide.

Córdoba. Señor don J. M. y P., estamos conformes con lo que dice y le damos gracias.

Cabeza de Vaca. Señora doña J. T., en nuestro poder su carta, y lejos de tener que dispensarla, le doy las gracias por su interés: las 18 pesetas quedan anotadas segun desea; siempre la aprecio y soy su amiga.

Constantina. Señora doña C. de L. R., queda abonado el semestre de sus suscritoras, puede estar tranquila, que nunca se dirigen á V. nuestros avisos. ¡Ojala todos fuesen tan esactos, le remito los números que desea y me repito su amiga.

Alcalá. Señor don A. S., será complacido en lo que desea.

Algotocin. Señor don J. R., le remitimos los números que desea, y quedan servidas las dos nuevas suscripciones, del año 80 no hemos publicado mas que hasta el número 50, por eso no hemos remitido el año completo. Si le fuese posible mandar el dinero que indica en sellos de franqueo de 25 céntimos nos haría un favor pues nos causa mucha estorcion el girar.

Alora. Señora doña M. M., recibidos los 10 rs., y le remito el número que desea.

Durcal. Señor don J. A. M., recibidos los 12 rs.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»